



# **UN PROYECTO DE SOCIEDAD EN CLAVE DE UTOPIÍA**

**Juan N. García-Nieto**

Introducción

1. El «Mercado Total»
2. Consecuencias del «Mercado Total»
3. Problemas planteados y no resueltos
4. Los grandes capítulos de un proyecto de sociedad en clave de Utopía
5. Nuevos valores, nuevos objetivos
6. Conclusión. Proyecto necesario y posible

Notas

## INTRODUCCION

Invocar a la utopía como un elemento inspirador para un proyecto social no es algo que esté muy de moda. Vivimos dominados, por lo menos aparentemente, por la cultura de lo eficaz, de lo pragmático, de lo verificable. En nombre de esta cultura se ha proclamado el requiem por las utopías. Y, sin embargo, son muchos, somos muchos los que tenemos motivos más que suficientes para buscar y proclamar un proyecto de sociedad en clave de utopía. Utopía que para nosotros ni se confunde con mito ni con quimera. Utopía es algo que no existe, aquí y ahora, pero está en el horizonte como objetivo, como inspiración de algo nuevo que puede existir. Algo «inédito pero viable», en frase de Paulo Freire.

Decimos que tenemos razones suficientes para apostar por ese horizonte utópico porque el actual sistema de Mercado Total, **donde todo se compra y todo se vende**, continúa generando situaciones de extrema desigualdad, pobreza, marginación y violencia, tanto en los países desarrollados como en el Tercer Mundo. Como siempre la historia se repite. Por lo menos en sus hechos más relevantes. De ahí que sea bueno recordar cómo todos los movimientos emancipatorios que han existido a lo largo de la historia de la humanidad han surgido frente a situaciones de injusticia y de miseria, con la voluntad de proclamar proyectos históricos alternativos y liberadores. Por ellos han luchado y continúan luchando muchos hombres y muchas mujeres. Lo que entonces pudo parecer utopía hoy ya no lo es. Nuestra generación tiene el derecho y, sin duda, el deber de proclamar nuestro propio proyecto emancipatorio, continuación histórica de todos los que nos han precedido. Y esto es ya una realidad en estos momentos.

A pesar de los pragmatismos, de los llamados desencantos, de los posibilismos, frente a las situaciones difíciles y de precariedad, de desocupación masiva, de nuevas pobrezas, de las crecientes desigualdades en nuestro mundo desarrollado, frente a un futuro incierto diseñado por la estrategia del Mercado Total, se están proponiendo alternativas en clave de utopía, se está luchando por ellas. Alternativas, eso sí, muchas veces silenciadas y marginadas, cuando no perseguidas, porque no concuerdan con los intereses y los proyectos del sistema.

A todo esto vamos a referirnos en la reflexión que presentamos a continuación. Nos vamos a fijar, como punto de partida, en la incapacidad del sistema para dar respuesta a los nuevos problemas que se plantean. No sólo no da respuesta sino que, por su misma lógica, genera y tolera esas situaciones de extrema desigualdad e injusticia. Frente a cada problema, nuevo o viejo, planteado y no resuelto, intentaremos ofrecer una alternativa en clave de utopía. No se trata de hacer una defensa de la utopía porque sí. Ni se trata de dejarnos llevar por las utopías irreales y de ciencia ficción. Se trata sencillamente de constatar cómo las políticas sociales, culturales y económicas defendidas por los portavoces de los sectores dominantes no sirven más que a los intereses de unos, dejando a muchos, a muchos millones de seres humanos, en la cuneta de la historia. Y eso a pesar de los grandes recursos tecnológicos y científicos con que hoy cuenta la humanidad. Y se trata, por tanto, de constatar y afirmar que la realidad que se nos ofrece hoy no tiene porqué ser así mañana.

Quisiéramos advertir, ya desde ahora, que no vamos a decir cosas definitivas, ni mucho menos formular recetas. Lo que vamos a relatar es parte de un debate en el que deben participar muchos, un debate que, en realidad, ya ha comenzado a través de la misma práctica de no pocos proyectos alternativos. Muchas de las cosas que vamos a decir son fruto, pues, de ese debate y de esa práctica. Durante dos años, por ejemplo, los grupos coordinados por el Comité de Solidaridad Oscar Romero han estado reflexionando sobre estos mismos temas. Debates sindicales muy serios han abordado estas inquietudes, igual que tantos grupos de base, enraizados en los problemas de cada día, de cada barrio, de cada situación de marginación.

Una última advertencia metodológica importante: para imaginar el futuro, para evitar caer en la tentación de huir hacia utopías de ciencia ficción es necesario analizar y comprender el presente. El presente cercano a nosotros (el Cuarto Mundo) y el presente más lejano, el de los países del Tercer Mundo. Aunque no es el objetivo de estas notas referirnos a los problemas de esos países, mucho más urgentes y dramáticos que los nuestros, no por eso han estado al margen de la reflexión. Cualquier propuesta que se haga para vencer la injusticia y la pobreza del Primer Mundo deberá hacerse siempre enmarcada dentro de un Nuevo Orden Económico Internacional. Pero éste es ya otro tema.

## 1. EL «MERCADO TOTAL

### **SISTEMA QUE GENERA INJUSTICIAUN SISTEMA QUE GENERA INJUSTICIAUN SISTEMA QUE GENERA INJUSTICIA**

*Y ES INCAPAZ DE DAR RESPUESTA A LAS NUEVAS CONTRADICCIONES SOCIALESY ES INCAPAZ DE DAR RESPUESTA A LAS NUEVAS CONTRADICCIONES SOCIALES*

Una de las razones más decisivas para invocar a la inspiración utópica en la construcción de una sociedad diferente a la actual se encuentra, tal como hemos dicho ya en la introducción, en la incapacidad del sistema, tanto para dar respuesta a los nuevos problemas y contradicciones sociales que aparecen, como para resolver los que nos lega la crisis de la vieja sociedad industrial. Nadie pone en duda que las sociedades modernas en los países desarrollados están atravesando, desde hace unos quince años, una crisis importante. Se trata de una crisis profunda, a la que se ha calificado, por su carácter específico, como una crisis estructural del sistema e, incluso, de la propia civilización industrial. Es cierto que, desde la perspectiva puramente económica, puede hablarse, en estos momentos, al finalizar la década de los ochenta, de recuperación y de reactivación. Pero no es menos cierto que, tanto las secuelas de la crisis de la década anterior y comienzos de la actual (descenso impresionante del volumen de ocupación y nuevas pobreza), como el, todavía, imprevisible impacto de la innovación tecnológica, plantean serias incógnitas a las que no es fácil dar una respuesta. La pregunta, pues, que nos podemos hacer es muy concreta: ¿hemos llegado al fin de la civilización industrial? ¿Nos encontramos en los umbrales de una hipotética y ambigua sociedad postindustrial? Estas son preguntas que pueden obtener respuestas peligrosamente vagas o simplemente ideológicas, o, incluso de ciencia ficción. Lo que no es ciencia ficción son los efectos, esas secuelas de la crisis, que tienen unas expresiones muy concretas: paro masivo, nuevas formas de pobreza y de marginación social, emergencia y consolidación de una sociedad cada vez más desigual. Y lo que tampoco es ciencia ficción, es la incapacidad del sistema para responder a esos nuevos y viejos problemas.

Por eso es necesario preguntarnos: ¿Cuál es la clave para interpretar la crisis actual? ¿Cuáles son los cambios reales que se están dando ya? Decíamos que, ante una realidad tan compleja, puede haber muchas respuestas. Pero no hay duda que todas deberán pasar por el problema del trabajo, de la naturaleza del trabajo, de las mutaciones que está sufriendo el proceso productivo. En una reflexión, como la que intentamos hacer, deben abordarse a fondo estas cuestiones que afectan a los valores clásicos sobre el trabajo, sobre la forma de distribuir la riqueza social producida, sobre las opciones políticas, culturales y sociales para vencer las nuevas pobreza, etc. Cierto que no faltan profetas de las nuevas tecnologías que vaticinan la bondad de la época que se avecina, calificándola como la sociedad del ocio postindustrial. Vamos a prescindir, por ahora, de los nombres con que pueda calificarse esa hipotética sociedad del futuro. Cualquier nombre puede ser útil para hablar de un futuro que intuimos pero del que sabemos muy poco. De lo que sí podemos estar seguros es de que algo nuevo se está gestando para bien o para mal. Para bien porque, sin duda, los avances tecnológicos han colocado a la humanidad en el umbral de un posible salto cualitativo de creación de riqueza impensable hace sólo treinta años. «Constituye una aventura apasionante, desde el punto de vista intelectual, científico y tecnológico, al que la comunidad científica no renunciará» (1). Para mal porque las profundas transformaciones que empiezan a operarse se están haciendo «bajo la ley del más fuerte, sin contemplaciones,

reforzándose, al mismo tiempo, las actitudes más insolidarias del liberalismo económico» (2).

¿Es ésta una afirmación exagerada, demagógica? Por los frutos podremos juzgar. Y en seguida me voy a referir al tipo de sociedad que está emergiendo, muy distinto, por cierto, del que uno pudiera soñar o imaginar, si partimos del supuesto de las posibilidades que la humanidad tiene a su alcance.

Conviene, pues, dejar claras las cosas desde el principio. Cuando decimos que el sistema es incapaz de dar respuestas a los problemas nuevos que se plantean, queremos decir que el Mercado Total, donde todo se compra y todo se vende, no es más que la puesta al día, con lenguaje moderno, de los viejos principios liberales que tanto fascinan a los «nuevos economistas» (3). En realidad éstos no hacen más que recoger el pilar ideológico del credo liberal, y afirmar que «la identidad entre los intereses particulares y el interés general está asegurada por el mercado y la libre competencia». De esto a la teoría del Mercado Total sólo hay un paso. En efecto, para los nuevos economistas «el razonamiento económico no sólo se aplica a las relaciones mercantiles, sino al conjunto de las decisiones sociales de un individuo». Así, por ejemplo, la Seguridad Social debe ser sustituida por un seguro voluntario y libre. De igual modo la enseñanza debe ser objeto de compra y venta por parte de cada uno», según la ley de la oferta y de la demanda.

Es evidente, nos recuerda Denis Clerc, que este pensamiento neoliberal sirve admirablemente a los intereses de la burguesía: «para los nuevos economistas la compatibilidad de intereses es espontánea y total. El Estado no es más que el guardián de las leyes y de la propiedad. Hace que reine la ley y el orden. La sociedad no tiene conflictos...» Rosanvallon llama a esto la implantación del «capitalismo utópico» que no deja lugar a la política. Y una sociedad que «presume de no tener ningún conflicto no puede ser más que una sociedad totalitaria. Por una de esas vueltas que acostumbra a dar la historia, la utopía liberal de los nuevos economistas es la base de una dictadura implacable: la dictadura y la tiranía del mercado.

«La mano invisible, que según los liberales desde Adam Smith regirá armoniosamente los mecanismos del mercado, es una mano de hierro. El liberalismo económico, suntuoso regalo para los pueblos empobrecidos, constituye el fundamento principal de todos los imperios» (Claude Julien).

Que no se trata de palabras retóricas o trasnochadas lo vamos a ver en seguida. Veremos cómo la «mano invisible» de Adam Smith, utilizada por los nuevos economistas, significa la «desregularización», hasta el máximo posible de las relaciones sociales y económicas, la marginación o debilitamiento del movimiento sindical, con los consiguientes costes sociales que afectan muy seriamente a colectivos cada vez más amplios. No es exagerado afirmar (los datos son los datos) que tales hechos nos retrotraen a los peores momentos del primer industrialismo.

Como se nos ha recordado hace poco «este nuevo tipo de capitalismo representa un retorno a los ideales decimonónicos del laissez faire y del «darwinismo social». Su objetivo básico es reducir al máximo las conquistas sociales de las clases trabajadoras y revalorizar el papel elitista de los ricos. Esta política neoconservadora, simbolizada, sobre todo, por Margaret Thatcher, Ronald Reagan y Helmut Kohl está siendo imitada, de forma creciente, por los gobiernos socialdemócratas» (4).

## 2. CONSECUENCIAS DEL MERCADO TOTAL

Afirmar que las políticas neoliberales producen y segregan situaciones, muchas veces límite, de pobreza y de marginación no supone negar unos avances tecnológicos y de creación de riqueza impresionantes. Lo mismo que la humanidad avanzó en el campo de la técnica y del progreso durante todo el siglo XIX, dejando tras de sí pueblos y países expoliados en el Tercer Mundo y discriminación en los mismos países desarrollados, ahora se repite la historia, en los umbrales del año 2000, con el agravante de que es una reincidencia premeditada.

En este sentido es dramáticamente elocuente lo que nos «narran» los economistas P. Pay y M. Stewart en su crónica «adelantada» del período comprendido entre 1989 y el año 2000: «Bajo el sistema de libre mercado los que tenían éxito se enriquecían y los que no, permanecían en la pobreza. El sistema sólo podía funcionar creando esas grandes desigualdades... La riqueza traía más riqueza y la pobreza más pobreza». Estos autores nos describen la situación en que puede encontrarse el mundo desarrollado en el año 2000 si continúan en alza las actuales políticas neoliberales. Disponemos de datos más que suficientes para mostrar cómo esta alarmante previsión para dentro de doce años es una realidad más que evidente al acabar 1988. ¿Será posible cambiar esa crónica «adelantada» que comienza el 20 de enero de 1989 cuando toma posesión de su cargo el nuevo presidente de los Estados Unidos? o ¿vendrá el «Apocalipsis 2000»? (5).

Conviene ser precisos y no hacer afirmaciones abstractas si realmente queremos comprender el futuro y buscar soluciones, sin dejarnos llevar por el fatalismo. ¿A qué costes sociales nos estamos refiriendo? ¿Qué nuevos desequilibrios culturales y económicos están emergiendo? Sin ánimo de agotar el tema, y a título sólo de ejemplo, señalamos a continuación dos grandes bloques que se refieren a determinados costes sociales alarmantes. Constituyen un síntoma de ese futuro que nos espera, si es que todo continúa como hasta ahora. Los dos tienen que ver con el hecho del trabajo: el tema del deterioro en las condiciones de trabajo (precariedad en la contratación y paro) y el tema de las nuevas contradicciones sociales (segmentación y dualización del conjunto de la sociedad en general y del mercado de trabajo en particular).

### *a) Innovación tecnológica y precariedad laboral*

No es infrecuente que los portavoces del sistema nos digan, una y otra vez, que el paro junto con las situaciones de precariedad que lo acompañan tienen su causa en la crisis que hemos sufrido durante los últimos quince años. Pero ahora se nos repite insistentemente, la crisis ha sido superada y nos encontramos en el camino correcto de la recuperación y del bienestar para todos los ciudadanos (6).

En esta afirmación hay una trampa y es menester desvelarla. Disponemos de indicios suficientes para poder decir que tal recuperación «económica» se ha hecho y se está haciendo a costa precisamente de la recuperación «social». Indicios que evidencian unos costes sociales «necesarios» para que tal recuperación sea posible. Costes sociales, además, no de carácter temporal sino de carácter institucional y estructural. Es decir, que están diseñados para perdurar de forma permanente, incluso agravándose tanto cuantitativa como cualitativamente, a no ser que se adopten políticas alternativas.

La explicación es sencilla. Para salir de la crisis el sistema necesitaba recuperar los niveles de beneficio y de acumulación capitalista que se habían perdido o habían disminuido durante la década de los años setenta. Ello exigía, entre otras cosas, abaratar los costes laborales y aumentar,

hasta todo lo posible, la productividad. En términos corrientes esto quiere decir producir mucho pero con menos personas y con salarios bajos. Y esto sólo se podía conseguir teniendo las manos libres para poder despedir a los trabajadores cuando ya no fuesen necesarios, porque iban a ser sustituidos por las «nuevas» máquinas. Dos principios básicos para la salida de la crisis, de acuerdo con los principios del Mercado Total: 1) trabajo barato y flexible y 2) renovación de la obsoleta estructura productiva, mediante la innovación tecnológica y la utilización de las técnicas de organización y gestión a la japonesa». Estas dos políticas (innovación tecnológica y mercado laboral flexible) constituyen la clave de bóveda del futuro que está emergiendo ya. En efecto:

1) La innovación tecnológica, tal como se ha introducido y utilizado (proceso que sólo acaba de comenzar) no sólo supone un aumento espectacular de la productividad, sino que sustituye («libera») a enormes cantidades de mano de obra humana, o la desplaza hacia otros lugares. En cualquier caso esto provoca y provocará un tipo de desempleo que poco tiene que ver con el paro de los años setenta. Es el llamado paro tecnoestructural, objeto de tantos análisis, y sobre el que más o menos todo el mundo está de acuerdo. Voces expertas de la OIT y de la CEE (Informe FAST) nos advierten que, por lo menos, hasta la década de los cincuenta del próximo siglo no se preven cambios sustanciales en el volumen de desempleo. En lo que no todos están de acuerdo, como bien sabemos, es en el tratamiento que debe darse a la desocupación masiva, tanto la actual como la que puede avecinarse.

2) El mercado laboral «flexible», junto con el debilitamiento del movimiento sindical, constituye otra condición para garantizar el tipo de innovación tecnológica que necesita el sistema: fuerza laboral desprotegida y contratación flexible. Es decir, vía libre a todo tipo de contratación eventual, con presencia sindical debilitada, y prácticamente sin ningún tipo de contrapartida en materia de reciclaje ocupacional o de compensación económica adecuada. Basta con contemplar imparcialmente la escena laboral en estos momentos para ver que todo se ha conseguido.

Las estadísticas oficiales nos muestran cómo hace sólo quince años (a comienzos de los setenta) el 98 por ciento de los contratos eran fijos. En estos momentos el 20 por ciento son ya eventuales. Más aún, los datos que mensualmente nos ofrece el Ministerio de Trabajo confirman que durante los últimos cinco años los contratos fijos (indefinidos) alcanzan sólo el cinco por ciento en el conjunto de España. Se ha calculado que para final de siglo (el mítico 2000) la población ocupada y asalariada podría encontrarse segmentada de la siguiente forma: un 25 por ciento formada por asalariados fijos (los mejor retribuidos y con una alta cualificación profesional), un 50 por ciento lo constituirían los eventuales (normalmente peor retribuidos y sometidos a una indefensión social notable), y el otro 25 por ciento estaría formado por los «sumergidos», éstos sí, en la más absoluta y total indefensión.

El drama de esta realidad lo hemos dicho ya, pero conviene no olvidarlo es que la innovación tecnológica supone en sí misma un gran avance para la humanidad. Las posibilidades de creación de riqueza alimentaria, por citar algún ejemplo, mediante los espectaculares avances de la biotecnología, la sustitución del trabajo humano más pesado por las mismas máquinas, etc. abren unas expectativas insospechadas para mejorar la calidad de vida, para compartir el trabajo y para la superación de las situaciones de hambre y miseria en el ámbito planetario.

Colocados en esta óptica, lo lógico sería cambiar radicalmente el mismo concepto de paro. Hoy por hoy el paro es una carencia, un hecho tremendamente negativo con consecuencias sociales, económicas y psicológicas de sobras conocidas. Pero si en lugar de esta visión negativa del paro se dijese que lo que hoy se entiende por paro no es más que tiempo «liberado» por las máquinas para que la actividad humana se ocupe de cosas diferentes, más creativas, de utilidad y de servicio social, en el ámbito de la cultura... En realidad nos encontramos a años luz de esta nueva y sugerente perspectiva sobre el concepto de paro. Y, sin embargo, sería lo más lógico. Lo que

ocurre es que para el sistema de valores hoy prevalente ya no es tan lógico, porque tales actividades no se sitúan en la lógica del sistema: la rentabilidad y el excedente empresarial.

*b) El tejido social «polarizado» y un nuevo subproletariado*

Quisiera que quedase bien claro que el sistema, aunque no se atreva a decirlo en voz alta, tiene bien diseñado el tipo de sociedad que necesita, el tipo de tejido social. Baste con repetir algunos datos y sacar consecuencias. Muy pocos y a título de recordatorio solamente. Por desgracia conviene recordar cosas que de tan oídas nos empiezan a sonar a disco rayado. Datos que en épocas anteriores hubiesen sido noticia de primer orden sólo ocupan los rincones de la prensa. Un ejemplo solamente. Que yo sepa apenas se hicieron eco un número muy reducido de periódicos de un comunicado de la Comisión Europea sobre la Pobreza en la Comunidad Económica Europea. Decía: «El número de pobres ha aumentado en la mayoría de los países de la CEE, hasta alcanzar un total de 45 millones en 1985». Y añadía el experto de la CEE Gerard de Selys: Europa tendrá en 1992 el gran mercado de la pobreza, con más de 54 millones de pobres en los 12 países de la Comunidad» (7).

Datos más cercanos a nosotros, dichos telegráficamente:

- **Caritas (1984):** Tan sólo un 10 por ciento de las familias españolas acumulan un 40 por ciento de la renta, mientras que un 21.6 de las familias, las más pobres, tan sólo disponen de un 6.9 por ciento del total de los ingresos.

- **Servicio de Estudios del Banco de Bilbao,** según el Avance de la Contabilidad Nacional (1987): La renta per capita española se situaría en las 911.138 pesetas. Una cifra optimista, se comenta, que es sólo un indicador y, en cierto modo un espejismo. La realidad es que la mayoría de los españoles, alrededor de los 27 millones de personas, no supera esas míticas 900.000 pesetas. Y que, por el contrario, otros 12 millones sobrepasan, con creces, la media, mientras 11.5 millones están viviendo, desesperadamente, con una renta anual inferior a las 500.000 pesetas. Otros 15 millones, que podrían coincidir con la clase media baja, se encuentran en las puertas de la renta per capita, arreglándose con unos ingresos que oscilan entre las 500 y las 900.000 pesetas. El grupo de los que sobrepasa la media nacional serían unos 8 millones, a la vez que la clase privilegiada, formada por los privilegiados de toda la vida y los nuevos ricos, tendrían cerca de 4 millones de socios. Dicho de forma más contundente: según estas apreciaciones del Banco de Bilbao «el 30 por ciento de los hogares españoles vive en condiciones de pobreza, el 40 por ciento se sitúa entre los límites de la estrechez y del bienestar, el 20 por ciento vive bien, y el 10 por ciento vive estupendamente bien» (8).

- **Programa 2000 (PSOE, 1988):** Las cifras que nos acaba de ofrecer el Programa 2000 coinciden sustancialmente con las que nos ofreció CARITAS en 1984. Recuérdense los 8 millones de pobres que, según el estudio de CARITAS, estarían bajo el umbral de la pobreza de acuerdo con los indicadores de la CEE, algo menos que ese 30 por ciento de que nos habla el Banco de Bilbao. Por otro lado 4 millones se encontrarían en situación de pobreza severa o absoluta (en torno a un 12 por ciento de la población total española). Pues bien, según las estimaciones del Programa 2000, de estos 4 millones, dos y medio son personas que han accedido a la pobreza absoluta al perder su trabajo (situación de paro de larga duración). De entre estos últimos un millón de personas no ingresa nada por ningún concepto, y 980.000 tienen ingresos por subsidio o pensiones de menos de 25.000 pesetas. Tal como se ha comentado en otro sitio: «La frontera entre el paro y la pobreza se ha roto» (9). Son las llamadas nuevas formas de



pobreza.

· **Ministerio de Trabajo/Ministerio de Economía/INE:** El capítulo del paro, el de la economía sumergida, el de las pensiones (400.000 ancianos no cobran nada), nos llevarían a una cantidad de datos que, por demasiado conocidos, pero no por eso menos inquietantes, ahorraremos citar. Lo mismo que otras cifras que se refieren a las situaciones de máxima marginación y de situación de alto riesgo: buena parte de la población gitana, prostitución marginal, drogadicción, población internada en las cárceles del país, jóvenes sin trabajo, parados de larga duración y ese largo etcétera.

Creo que estamos en disposición de poder afirmar, a la luz de los datos aportados y de las reflexiones insinuadas que nos encontramos, aparentemente por lo menos, ante un proceso irreversible de resquebrajamiento del tejido social solidario. Es decir, no sólo se consolida una sociedad dividida (utilizando la terminología del análisis de clase) en burgueses y proletarios, sino una sociedad en la que emerge y se consolida un nuevo sector que podría llamarse no-clase (es el subproletariado en frase del sociólogo alemán Ralf Dahrendorf). Se trata de los excluidos, que forman parte de la otra sociedad que no cuenta, que no habla, que no está organizada. A este fenómeno se le llama hoy proceso de dualización o sociedad de los tres tercios (los instalados, los emergentes y los sumergidos como gráficamente los describe Manuel Vázquez Montalbán):

a) Por un lado, se desarrolla y se consolida una sociedad económicamente integrada, con una competitividad y agresividad crecientes, con un gran dinamismo y capaz de ofrecer bienestar y estabilidad en rápido aumento, pero que, a su vez exige mayor sumisión a los principios y a las reglas de juego impuestos por el sistema (Mercado Total, mundo de intereses y de «competencia»). Esta parte «integrada» de la sociedad alberga a sectores sociales, aparentemente muy diferentes por niveles de renta, de consumo y de poder, que van desde las élites económicas, políticas y sociales, hasta los trabajadores asalariados, políticas y sociales, hasta los trabajadores asalariados con un empleo relativamente estable y bien remunerados. En el conjunto de estas clases sociales, se da una cierta homogeneidad de aspiraciones, en mentalidad, en formas de consumo (salvadas, claro está, las excepciones por parte de aquellos que perteneciendo al sector de clases no están de acuerdo con el sistema).

b) En el otro lado, en la otra vertiente de la sociedad, aparecen, junto a los sectores históricamente marginales y excluidos, los llamados nuevos pobres: desde los parados sin retorno, los sumergidos, muchos inmigrantes extranjeros (africanos en nuestro caso), un creciente número de jubilados y pensionistas, el mundo de la droga y de la prostitución marginal... Se trata, evidentemente, de un sector en aumento.

Si se prefiere la calificación de los tres tercios, en el primer tercio se encuentra la élite social, económica y política de la sociedad, relativamente pequeña, principal beneficiaria del sistema. En el segundo, el más numeroso, están las clases medias profesionales, los trabajadores asalariados con puestos de trabajo más o menos estables «que consiguen participar, aunque sea de forma secundaria, de una economía boyante y del consumo masivo que les ofrece la sociedad». En el tercero se encuentran los que han quedado descritos en la no-clase, sector en aumento y atrapados por el círculo vicioso de la pobreza y de la exclusión social.

En cualquier caso ese círculo vicioso de la pobreza y de la exclusión social se va acomodando a las nuevas situaciones. Por eso hablamos de cultura dual, de hábitat-vivienda dual, de escuela-enseñanza dual, de oportunidades duales, etc. Las barreras institucionales que imposibilitan o hacen muy difícil escaparse del círculo se endurecen por la lógica del sistema. Al mismo tiempo, los grupos sociales integrados se cierran en sí mismos y en sus privilegios. Los corporativismos

se manifiestan de forma insolidaria y agresiva. La pobreza se esconde. No está de moda ser pobre. «No hay pobreza, se dice: le gente viaja, tiene una segunda residencia, llena los estadios, acude a los restaurantes caros, a las discotecas, cambia de coche y de vivienda...» Es la excusa de siempre. Pero allí no está ese «tercer tercio»: los excluidos sociales se esconden.

«En realidad la lógica del Mercado Total, llevada hasta sus últimas consecuencias, tiene como objetivo bien diseñado y programado mantener satisfecho a un 75 por ciento de la población a sabiendas de que la población restante es condenada a la exclusión social» (10). No es rentable políticamente. A lo sumo se la asistirá con ayudas de infrasubsistencia, y en cualquier caso se utilizarán mecanismos de control adecuados para evitar cualquier posible desmán.

Con el fin de ilustrar lo que estamos diciendo y sin ánimo de ofender a nadie, no me resisto a dejar de transcribir parte de una entrevista, hecha a Rudolfo Paramio, uno de los redactores del Programa 2000, al que hemos hecho ya referencia . Le preguntaron: «Hoy es un axioma generalmente aceptado que en la España socialista los pobres son más pobres y los ricos más ricos. Vaya futuro...». Respuesta: «Hay que saberlo con cifras. Hay una minoría de ricos que son más ricos. Y no estoy seguro que los pobres sean más pobres... pero los dos tercios de la sociedad han visto crecer su nivel de vida». No estamos insinuando, ni mucho menos, que el Sr. Paramio esté a favor de los tres tercios. Pero sí que es evidente que personas, de alguna forma, vinculadas al sistema y muy bien informadas no tienen más remedio que reconocer la realidad del proceso de polarización que se ha impuesto en nuestro tejido social, con todo lo que ello supone de desigualdades, de frustraciones, de exclusión total. Las sutiles redes del Mercado total, muy a pesar nuestro, ahí están (11).

### 3. PROBLEMAS PLANTEADOS Y NO RESUELTOS

#### **EL PREVISIBLE ESCENARIO SOCIOECONOMICO PARA LAS PROXIMAS DECADAS**

El conjunto del análisis que hemos tratado de exponer hasta aquí permite llegar ya a unas conclusiones que para algunos puede que todavía continúen siendo unas simples hipótesis de trabajo. En realidad disponemos de la suficiente evidencia para afirmar que no se trata de simples hipótesis de trabajo, sino de realidades ya presentes, de problemas planteados y no resueltos. Todos ellos, junto con otros que por brevedad no desarrollamos, constituyen algunos de los indicadores más significativos del posible escenario socioeconómico y cultural que se perfila para las próximas décadas. Ir más allá de esos próximos veinte o treinta años sería exponerse a un riesgo peligroso de simple especulación o de ciencia ficción.

Tales indicadores (problemas planteados y no resueltos) podrían enunciarse de la siguiente forma:

- Perspectiva de trabajo escaso, entendiendo por trabajo lo que normalmente, hasta ahora, ha sido aceptado como tal: vinculado directa o indirectamente al proceso productivo industrial y a los servicios clásicos. En líneas anteriores ya nos hemos referido a este hecho, haciéndonos eco de los estudios de prospectiva elaborados por la CEE, OIT y otras instituciones internacionales. A saber, que la introducción masiva de las Nuevas Tecnologías está teniendo, y tendrá, todavía más, un impacto muy serio en la reducción de los empleos relacionados con los procesos productivos y con los servicios clásicos.

- Aparición de nuevos empleos, ocupaciones y profesiones vinculadas a las Nuevas Tecnologías y, sobre todo, al ámbito de los servicios de utilidad social y de la «industria» del tiempo libre. En cualquier caso las nuevas ocupaciones exigirán, están exigiendo ya, un nivel elevado de profesionalización, tanto en la dimensión técnica como cultural. No es evidente que la aparición de las nuevas ocupaciones sirva para compensar la pérdida de los puestos de trabajo tradicionales.

- Aumento de colectivos sociales condenados a una marginación y exclusión social sin retorno (jóvenes sin trabajo, adultos expulsados del mercado de trabajo, jubilados con pensiones exiguas o nulas...) frente a otros bien instalados y ocupados profesional y técnicamente en empleos de alta cualificación y elevada remuneración. Otros colectivos se verán empujados a aceptar empleos marginales, precarios, con escasa o nula cualificación, sin posibilidad de promoción profesional: sociedad dual.

- Presencia de valores ético-sociales, (el mundo de los intereses), que, pretenden legitimar y fortalecer esta dualización de la sociedad. Su base ideológica se encuentra en el culto al pragmatismo posibilista a plazo inmediato, propio de una modernidad mal entendida, o en el fatalismo propio de cierta postmodernidad que sólo cree en soluciones individuales o en el sálvese quien pueda.

- Una oferta educativa pragmática, elitista, anclada en la vieja cultura del trabajo, en la competitividad absoluta, en la insolidaridad y en el triunfo individual, de la que sólo se benefician los dos tercios. En esta oferta educativa están ausentes los valores de la solidaridad, de la cooperación, de la autonomía personal, del servicio social, de la creatividad.

- Utilización de las Nuevas Tecnologías, bajo la ley del más fuerte, sin contemplaciones, y de acuerdo con los intereses de las corporaciones transnacionales y de la defensa militar. Por supuesto, sin tener en cuenta la limitación de los recursos del planeta, con la consiguiente degradación ecológica y de la calidad de vida.

- Una brecha cada vez más ancha y honda entre el Norte y el Sur, con todo lo que ello

significa en estos momentos de hambre y desnutrición total para centenares de millones de personas, junto a una inmensa riqueza acumulada en las regiones privilegiadas del planeta.

Basten estos indicadores sobre el posible escenario que nos aguarda, a no ser que la imaginación, la audacia y el aliento utópico nos ayuden a encontrar caminos alternativos y a luchar por ellos. En realidad tales caminos, con más frecuencia de lo que imaginamos, escapan a lo utópico porque ya existen. Queremos decir con esto que existe también otro escenario basado en una serie de indicadores ya verificables en estos momentos. Es necesario, pues, hacer una brevísima referencia a ellos. Será precisamente en estos indicadores distintos donde encontraremos la inspiración para diseñar las bases de un proyecto de sociedad en clave de utopía. Los resumimos así:

- En contraposición al escenario del sistema aparecen nuevas sensibilidades y exigencias socioculturales, por una mayor calidad de vida, por la defensa del equilibrio ecológico, por la paz, contra la discriminación sexista..., que no encuentran cauces adecuados dentro de la cultura del sistema, todo lo contrario: más bien suelen ser marginadas, silenciadas, manipuladas, cuando no perseguidas. Todo ello unido a formas alternativas en el ámbito ocupacional y de la producción (autoocupación, autoproducción), y en la creación de grupos y de comunidades más autosuficientes. Asociaciones de jóvenes en lucha contra el paro. Incremento del trabajo cooperativo y asociado. Luchas sindicales en contra de las reconversiones salvajes proponiendo alternativas de reciclaje profesional o de creación de empresas autogestionadas, etc. etc.

Todas estas experiencias, junto con muchas otras que van en la misma línea, nos sirven de pórtico para pasar al siguiente apartado de nuestra propuesta e indicar los grandes capítulos de ese proyecto en clave de utopía.

## 4. LOS GRANDES CAPITULOS DE UN PROYECTO DE SOCIEDAD EN CLAVE DE UTOPIA

Por lo que se acaba de decir en los párrafos anteriores ya se ve que no partimos de cero. Existen intentos de nuevas experiencias. Estas, junto con reflexiones colectivas y personales, nos permiten diseñar estos grandes capítulos que en ningún caso pretenden ser recetas definitivas. Se trata de ofrecer pistas para continuar o iniciar un debate en el que debemos participar muchos, pero siempre, a poder ser, partiendo de la experiencia (12).

He aquí esos grandes capítulos del proyecto en clave de utopía. Cada uno de ellos tomado separadamente no soluciona nada o muy poca cosa. Todos ellos se complementan. De entrada es conveniente, sin embargo, hacer una advertencia previa metodológica: una cosa es la propuesta de políticas a cortísimo plazo, otra es presentar propuestas alternativas que deben programarse a medio o a largo plazo, pero que, en todo caso, deben ya a planificarse desde ahora. Lo que sí parece cierto es que de nada nos va a servir presentar opciones alternativas, si al mismo tiempo no luchamos por objetivos que necesitan respuestas urgentes a cortísimo plazo. De nada serviría, por ejemplo, un plan de empleo juvenil, concebido como medida choque, si no va acompañado por las cautelas necesarias para que de él puedan beneficiarse a más largo plazo los colectivos de jóvenes más desfavorecidos con unas políticas de formación adecuadas.

Igualmente de nada serviría presentar políticas alternativas si, al mismo tiempo no hay una política del mientrastanto ¿qué?. Nos referimos a las necesarias atenciones asistenciales para subvenir a las situaciones de precariedad derivadas del paro, mediante subsidios, renta mínima garantizada, ayudas a situaciones límite. Si ahora hay quienes están amenazados de desahucio, o por situaciones extremas de hambre física, porque no tienen ningún ingreso y no pueden pagar, no les vamos a decir: «lo siento, yo no hago limosnas, no pongo parches, quiero emplear mi tiempo en la lucha ideológica que a largo plazo será eficaz...». Este es un discurso frecuente, aunque parezca ridículo. Y lo sabemos de sobras. Hoy tenemos situaciones de extrema precariedad (no sólo en el Tercer Mundo), de hambre, de colectivos especialmente necesitados (ancianos, jóvenes sin trabajo, trabajadores adultos parados de larga duración, cárceles, mundo de la droga, inmigrantes africanos...). Desde luego, que estas medidas de asistencia no van a la raíz del desempleo. Precisamente por eso es necesario elaborar propuestas ocupacionales alternativas a más largo plazo. A todo esto nos vamos a referir a continuación.

### ***a) Por una política de «plena actividad»: un trabajo diferente y las ocupaciones socialmente útiles***

Este es el primer ámbito donde el proyecto en clave de utopía se hace más necesario frente a la impotencia del «sistema» para crear y garantizar empleo universal.

Se está de acuerdo en que ni hoy ni presumiblemente en las próximas décadas podrá haber pleno empleo para todos los ciudadanos a tiempo completo, en el sentido keynesiano y clásico con que suele entenderse el concepto de pleno empleo. Ya nos hemos referido a esta hipótesis de trabajo en capítulos anteriores. ¿Quiere esto decir que sólo nos resta la solución asistencial para conseguir que el paro sea algo «tolerable»? En realidad las políticas actuales de subsidio al paro o de asistencia a la precariedad y pobreza no parecen tener más objetivo que aliviar las consecuencias provocadas por la carencia de trabajo.

Pero el caso es que trabajo no falta. Si en estos momentos se quisiera atender eficazmente a las carencias reales en el terreno de la cultura, de la sanidad preventiva, de la calidad de la

enseñanza, de la cooperación con zonas de la tierra menos desarrolladas, de atención a antiguos y nuevos colectivos no suficientemente atendidos (minusválidos, población anciana...), servicios sociales en régimen de comunidades autosuficientes y autogestionadas... serían necesarios tantos puestos de trabajo como los que se han perdido por las reconversiones o por la introducción incontrolada de las nuevas tecnologías. Y muchos más puestos de trabajo serían necesarios si es planificada la atención a nuevas necesidades culturales que necesariamente irán apareciendo. Daniel Bel, nada sospechoso de utopismos fáciles, llega a afirmar que con las nuevas tecnologías ningún país debería tener bolsas de pobreza. Dice textualmente: «Una mayor productividad genera más riqueza, que es lo que se necesita, precisamente para pagar nuevos trabajos en nuevas áreas que satisfagan otras necesidades del ciudadano. Hoy en día, ninguna sociedad, ningún país, aunque parezca lo contrario (aunque parezca utópico decir esto) está condenado a tener bolsas de paro, y mucho menos con las nuevas tecnologías, que lo que hacen es solucionar problemas antes insolubles. Todos los países, incluso los más avanzados, están hoy todavía muy lejos de tener cubiertas todas sus necesidades: los museos podrían abrirse de noche, por ejemplo, o por citar otro campo, las sociedades avanzadas tienen cada vez más personas ancianas, por lo que los servicios de salud que las atienden van a tener que seguir creciendo, pero esto exige más productividad, más riqueza...» más medios de financiación (13).

Tengamos presente que las necesidades culturales, lo mismo que las ocupaciones socialmente útiles, deben estimularse, planificarse, a través de unos valores que hoy todavía no existen, salvo en personas o en grupos muy reducidos, y a través de otras políticas culturales y educativas. Si se acepta la necesidad y el compromiso de atender eficazmente a estos nuevos ámbitos ocupacionales cabe afirmar que, si bien una política de pleno empleo es, todavía, algo utópico, no lo es una política que garantice la «plena actividad». Comunidades, familias, vecindad deberán ser nuevos núcleos de trabajo y de producción. El trabajo, el ocio creativo deberán combinarse de forma libremente escogida. Nadie podrá verse excluido del ejercicio de alguna actividad productiva o socialmente útil.

Pero «no hay dinero», se dice repetidamente, para atender a esas necesidades y para promover otras ocupaciones «socialmente útiles». Expertos en la materia (acabamos de citar a D. Bel) nos advierten que el incremento espectacular de la productividad, gracias a la introducción de las Nuevas Tecnologías, permitiría encontrar sobradamente instrumentos de financiación, si hubiese una voluntad política, fiscal y cultural diferente a la que impone el imperio del Mercado Total.

Este es el primer ámbito donde la apuesta utópica se hace necesaria frente a la impotencia y mezquindad del pragmatismo realista propio del sistema. Y todo ello, si hubiese voluntad política y cultural, tiene ya unas concreciones y propuestas posibles que bien planificadas podrían introducirse poco a poco. A esto se refieren las propuestas que siguen.

### ***b) Trabajar menos tiempo para que puedan trabajar más personas***

Antigua aspiración del movimiento obrero que ahora cobra toda su relevancia. No se trata, desde luego, de la panacea universal. Pero es una medida complementaria y, en según que casos, puede ser una solución. El objetivo, clásico ya por parte sindical, de las «35 horas» puede ser bueno en sí mismo, pero en ningún caso servirá para paliar el desempleo de forma significativa. La hipotética reducción de cinco horas quedaría absorbida automáticamente por el alza de productividad propia de la innovación tecnológica. Para que la reducción del tiempo de trabajo repercuta en el reparto de trabajo, debe ser drástica. Los expertos hablan de 20 horas semanales para comienzos del siglo XXI.

Desde luego que no se trata de una medida fácil, ya que su implantación necesita de un consenso que va más allá de las fronteras de un sólo país. Pero, aún así, nos debemos preguntar ¿cuántos están dispuestos a compartir su trabajo, incluso su sueldo (en el caso de tener pluriempleo)?

¿Cuántos están preparados para ocupar el tiempo «liberado» en otro tipo de ocupaciones de utilidad social, libremente escogidas y de forma voluntaria, creativas o simplemente culturales, compensadas o no económicamente de alguna forma, para cubrir la posible reducción salarial que acompañaría a la reducción de trabajo?

En los últimos años se han presentado diversas propuestas en torno a la reducción de la duración del trabajo, muchas de ellas un tanto simplistas, sin tener en cuenta las implicaciones económicas, sociales y jurídicas que tal medida podría comportar. Por otro lado, también se ha dicho que no vale la pena plantearse el problema de la reducción de la jornada laboral, ya que la historia nos muestra que tal reducción es algo que ha ido ocurriendo desde los comienzos del trabajo asalariado, y proseguirá reduciéndose sin necesidad de complicarnos la vida. No negamos que esto ha sido así hasta ahora y, posiblemente, esta tendencia no cesará. Pero no se trata de esto. Pensar que en las actuales circunstancias la ley de la oferta y de la demanda, el simple ajuste espontáneo de los factores económicos, tendrán en cuenta las nuevas variables de la nueva realidad (crisis, innovación tecnológica, nueva división internacional del trabajo, etc.) es lo mismo que afirmar que esos «ajustes espontáneos» a lo largo de la historia no han ido acompañados de enormes costes sociales. Y los costes sociales de hoy pueden ser, lo están siendo ya en determinados ámbitos, muy superiores a los anteriores por su volumen y por su carácter planetario.

Cuando hablamos de la reducción de la jornada laboral nos referimos a una política económica y social intencionada con dos objetivos muy precisos. En primer lugar dar una respuesta, en todo caso siempre limitada y parcial, al problema del desempleo estructural y masivo mediante el reparto del trabajo. En segundo lugar conseguir una mutación en la calidad del trabajo humano. Este último objetivo responde a una de las aspiraciones más profundas de la persona humana: hacer del trabajo, de la ocupación en general, un factor de desarrollo personal, de creatividad y no de alienación. El primer objetivo responde, por su parte, a una necesidad más urgente: que todo ciudadano disponga de un medio de vida y pueda ejercer uno de los derechos humanos más fundamentales: el derecho a trabajar, el derecho a realizar alguna actividad (14).

Lógicamente la reducción de trabajo para que éste pueda ser compartido se enfrenta con la necesidad, tanto de un cambio radical en los hábitos culturales, como de una cierta compensación salarial. Y esto porque no todo el mundo estaría dispuesto a reducir su trabajo disminuyendo, también, su poder adquisitivo; sin olvidar, claro está, que una mutación en dichos hábitos o una opción diferente en el nivel de vida pueden ayudar a reducir la jornada de trabajo sin la necesidad de compensación salarial significativa. Pero las hipótesis en que nos estamos moviendo dan por supuesto que la reducción del tiempo de trabajo no debe ir acompañada de una disminución de los ingresos. Ello supone, pues, encontrar otras fórmulas complementarias para mantener el mismo nivel de renta. No puede apelarse a que esto corra totalmente a cargo de la empresa si ésta debe mantener su competitividad. Una parte tal vez sí, por el creciente aumento de productividad. Es menester introducir, por tanto, otros esquemas que no perjudiquen a la competitividad empresarial. La única solución posible es que la compensación salarial corra a cargo de la sociedad en su conjunto, por medio de una asignación básica universal a la que todo ciudadano tendría derecho. A esto vamos a dedicar los párrafos siguientes.

### ***c) La asignación básica universal: una renta desvinculada de la cantidad de trabajo***

La reducción de jornada, la financiación de las otras ocupaciones de utilidad social solamente serán viables a condición de que se reconozca el derecho a todo ciudadano a disponer de una renta básica (que no debe confundirse con el derecho a una renta mínima garantizada o con la renta mínima de inserción de estilo francés, en tanto que éstas son medidas de tipo simplemente

asistencial). Esta renta básica (o asignación social básica o salario ciudadano) servirá, tanto para financiar las ocupaciones de utilidad social, libremente escogidas, que en el contexto de una economía clásica de mercado no son rentables, como para compensar la disminución salarial a causa de la reducción de la jornada de trabajo. Esto supondría, pues, que todo ciudadano tendría derecho a una asignación básica universal de por vida, por una cantidad de trabajo distribuida durante la vida entera.

Otro reto para una política de futuro que choca, evidentemente, con todo lo conocido hasta ahora, ya que la renta o el salario personal no dependerá de forma exclusiva, como hasta ahora, de las horas trabajadas. En una parte muy importante la renta personal de cada ciudadano provendría de la riqueza social producida. A corto plazo, desde luego, esta medida es imposible. Ni los criterios fiscales, ni los criterios culturales la aceptan, ni los ciudadanos están preparados para asumir las nuevas responsabilidades sociales que, en todo caso, acompañarán a la asignación básica. Los expertos nos dicen, sin embargo, que tal política es técnicamente posible. Y cada vez lo será más, en la medida en que la innovación tecnológica sea una realidad masiva, que repercutirá en la productividad y, por tanto, en el aumento espectacular del excedente empresarial. No olvidemos que estamos todavía en la prehistoria de la era tecnológica. La respuesta financiera a estos problemas no es simple. Debe buscarse una fórmula fiscal para constituir una caja de garantía compensatoria. Abundan los estudios para buscar una solución técnicamente viable a este problema: desde las clásicas fórmulas en torno al impuesto negativo (de carácter puramente asistencial), hasta una reforma global del sistema fiscal, que Gorz resume de esta manera en el trabajo citado:

«La caja es alimentada por la aportación de un impuesto que, a la manera del IVA o del impuesto sobre los alcoholes, los carburantes, el tabaco etc, afectará a los productos y a los servicios con arreglo a impuestos diferenciados. Este sistema de impuestos frenará la baja continua del precio relativo de los productos rápidamente automatizables. Les afectará en mayor grado cuanto más débil sea la demanda social. Puesto que los impuestos son deducibles del precio de la exportación, la competitividad no se verá perjudicada. El pago real de las personas se compondrá de un pago directo (salario) y de un pago social, que durante los períodos de descanso garantizará por sí mismo un nivel de vida normal».

Somos conscientes de que esta explicación es muy esquemática. Necesita una mayor ampliación. Impuestos sobre los robots, sobre la inversión tecnológica que ahorra las cotizaciones a la seguridad social, impuestos a las grandes fortunas (estilo francés), reasignación de recursos deduciéndolos de las partidas armamentistas y de gastos públicos y privados suntuarios, son otras tantas fuentes posibles para financiar la asignación básica.

En todo caso, como nos recuerda, en más de una ocasión, Adam Schaff, si no se acepta este objetivo (a alcanzar a comienzos del próximo siglo) condenamos ya, desde ahora, a millones de personas a la «inanición». Y es ahora, con una nueva voluntad política y cultural, como debería empezar a planificarse una política fiscal diferente, una oferta educativa alternativa, coherente con los nuevos valores, y una progresiva remodelación del Estado de Bienestar.

Pero esto va a ser difícil si no existe un aliento utópico.

#### ***d) Un nuevo tejido social, más participativo, más descentralizado***

Todo proyecto en clave de utopía y de valores solidarios supone un no rotundo al tipo de tejido social polarizado, dualizado, incomunicado que hemos tenido ocasión de contemplar y analizar hace unos momentos. Conviene decirlo con claridad, la opción por un tejido social plenamente solidario supone, en cierta medida, una ruptura con el modelo social y político actual. Deberá irse hacia formas de participación muy de base, a formas de descentralización, de desjerarquización,



en donde las relaciones verticales dejen de existir para dar paso a relaciones plenamente horizontales. Tal proyecto debe incluir formas de convivencia mucho más autosuficientes que las actuales, en el terreno cultural, de servicios sociales, incluso en algunos ámbitos de la producción. Esto, desde luego, no va a ser nada fácil, porque se enfrenta a nuestras inercias, a nuestra cultura de la pasividad y de la despersonalización. Será difícil para los mismos partidos e instituciones políticas tan anclados en los valores jerárquicos propios de la vieja sociedad industrial. Será difícil para los sujetos históricos clásicos, algunos de ellos anclados, también, en reivindicaciones propias de una sociedad y de una problemática cultural que ya no es ni será lo que ha sido hasta ahora. Un desafío más en clave de utopía, al que, por suerte, son ampliamente sensibles algunos de los nuevos movimientos sociales. Urgente responsabilidad, por tanto, para nuestros partidos políticos de izquierda, demasiado preocupados, a veces, por definir su propia identidad, pero con escasa referencia a los nuevos problemas.

#### *e) Nueva oferta educativa y nuevos valores*

Este capítulo constituye el punto neurálgico de un proyecto de sociedad en clave de utopía. Nada de lo que estamos proponiendo será posible si no se da una oferta educativa capaz de fomentar las nuevas necesidades socioculturales, capaz de conectar con las necesidades del futuro mercado de trabajo, capaz de transmitir valores que no estén basados precisamente en la competitividad y en el mundo de intereses.

La oferta educativa que, desde luego, debería ir MUCHO más allá de la educación reglada, superando los límites de la escuela: educación compensatoria, en muchos casos de forma prioritaria en una primera etapa, en alternancia (trabajo práctico con formación), educación de adultos, reciclaje constante ocupacional, sobre todo para los colectivos más marginados y en todos los ámbitos de la actividad humana. Oferta educativa que debe ir impregnada de valores de solidaridad (por tanto incompatibles con los modelos de enseñanza elitista privada).

Una oferta educativa que deberá orientarse fundamentalmente para que los niños y jóvenes sean más autónomos, con una combinación adecuada de conocimientos manuales, técnicos, informáticos, culturales, de creatividad y, sobre todo, de relaciones interpersonales para la cooperación y para la solidaridad.

Una oferta educativa con una clara voluntad para cambiar radicalmente los hábitos de consumo: menos consumo material y más consumo cultural, cosa que supondrá, por otra parte, un ahorro social para financiar otras necesidades culturales.

Una oferta educativa que se libere del imperio del Mercado Total, y deje de estar sometida tanto a la compra y venta de conocimientos y de títulos, como a los intereses económicos de turno.

Desafío utópico, pero viable, para los enseñantes y comunidades educativas. Sin olvidar, claro está, una pregunta previa a la que deberá darse cumplida respuesta: ¿Quién se ocupa hoy, a corto plazo, del tercer tercio, por el que, según están las cosas, nadie se atreve a apostar? Ahí se encuentra la utopía de futuro condicionada por la apuesta utópica del presente, ya ahora.

## 5. NUEVOS VALORES, NUEVOS OBJETIVOS

Con lo que se acaba de insinuar no se agota, ni mucho menos, un proyecto de sociedad en clave de utopía. Detrás de cada una de las cosas que se han presentado, más las que pueda añadir la imaginación utópica, subyace un nuevo tipo o modelo de civilización, de sociedad. Seguramente algo tendrá que ver con lo que hoy viene llamándose sociedad postindustrial. Desde luego no será la sociedad del simple ocio, y sí una sociedad de tiempo liberado para el ocio creativo, para la creatividad social, para la cooperación solidaria, basada en los avances de la ciencia y de la tecnología, pero, sobre todo, basada en nuevos valores y nuevos objetivos. Algo así como la «computopía» de Masuda: Una sociedad en clave de utopía que, precisamente, es posible porque las computadoras sustituyen al trabajo no creativo de los humanos y porque en el seno de la sociedad se han hecho presentes otros valores y otros objetivos, hoy por hoy todavía, salvo excepciones, en el reino de la utopía.

De forma precisa y sintética podemos resumir así los valores y objetivos, en clave de Mercado Total y en clave de **utopía**:

### ***ESQUEMA DE VALORES Y OBJETIVOS***

---

#### PROYECTO MERCADO TOTAL *PROYECTO EN CLAVE DE UTOPIA*

---

- \* Valores y objetivos cuantitativos  
*Valores y objetivos cualitativos*
- \* Crecimiento económico  
*Desarrollo humano*
- \* Valores monetarios y de consumo indiscriminado  
*Valores y objetivos interpersonales y personales*
- \* Las Nuevas Tecnologías son siempre garantía de bienestar  
*Hoy por hoy el uso de las NT hecho por el sistema es causa de mayores diferencias y discriminaciones entre Norte y Sur y en el seno de los países desarrollados*
- \* Los beneficios hay que destinarlos al aumento de los procesos productivos y a la defensa del sistema  
*Las ganancias hay que destinarlas a la mejora del medio ambiente y a la financiación de actividades de utilidad social y de ocio creativo*
- \* Renta mínima garantizada (asistencial o de simple subsistencia)  
*Asignación básica universal (Salario Ciudadano)*
- \* Los recursos del planeta son ilimitados  
*La tierra es una nave espacial que no puede consumir más que lo que tiene*
- \* Tejido social centralizado  
*Tejido social descentralizado*
- \* Sociedad dual (3/3)  
*Sociedad homogénea y con igualdad de oportunidades*
- \* Proyecto urbano  
*Proyecto más cercano a la naturaleza*

\* Proyecto antropocéntrico

*Proyecto ecológico*

\* Proyecto primermundista

*Proyecto planetario*

---

## 6. CONCLUSION: PROYECTO NECESARIO Y POSIBLE

Desde luego, no todo está dicho. Lo hemos repetido varias veces. Sólo son pistas, importantes eso sí, para ser debatidas. Sería peligroso, sin embargo, pensar que este intento de proyecto en clave de utopía está muy bien para soñar, pero nada más. Sería peligroso y engañoso hacer caso de quienes dicen que «todo esto de perfilar un futuro alternativo es demasiado complejo y totalmente impredecible». O cuando dicen que plantear tales alternativas no es sino un burdo milenarismo, o un sueño ilusorio e ingenuo o una mera quimera.

No dudo en afirmar que, en la mayor parte de los casos, quienes aducen tales excusas o utilizan tales descalificativos lo hacen consciente o inconscientemente para legitimar el presente orden establecido. Así nos lo advierten quienes no son sospechosos de haber caído en esta trampa: «La insistencia en la impredecibilidad y la complejidad del cambio son, muy a menudo, un intento de reducirlo a una mera prolongación del presente» (15).

Para nosotros, sin embargo, ha quedado de manifiesto que tenemos muchas razones para buscar otros caminos, entre otras porque no queremos ser cómplices de la condena que pesa sobre millones de hombres y mujeres aquí y, sobre todo en el Tercer Mundo, a vivir en la marginación y en la exclusión social. No queremos ser cómplices de que millones de jóvenes se vean condenados a una sociedad patológica.

No tenemos ningún motivo para creer que las actuales políticas, bajo el imperio del Mercado Total tal como las acabamos de analizar, puedan ofrecer alternativas mejores. Todo lo contrario. Es posible, y no lo negamos, que en la historia de los últimos años, los ajustes espontáneos hayan servido, en determinados momentos y para determinadas situaciones, para solucionar problemas parciales o coyunturales. A pesar de esto, es menester decir, con toda rotundidad y claridad, que no hay prueba alguna, en toda la historia de la humanidad, que demuestre que los ajustes espontáneos de la ley de la oferta y de la demanda hayan contribuido a fomentar o crear estructuras estables de igualdad en los diferentes ámbitos de la vida: cultural, económico o de consumo. Han servido para crear riqueza, nadie lo niega. Pero de esta riqueza sólo se han beneficiado, mayoritariamente, los grupos y sectores dominantes. A su lado, ¡cuántos se han quedado marginados y caídos en la cuneta del progreso!, y nadie, salvo excepciones, se ha preocupado de ellos, nadie ha hablado de ellos, porque no eran del sistema, no tenían voz, no eran rentables.

En cualquier caso el proyecto de sociedad en clave de utopía no es algo que surge de la nada, como hemos afirmado más de una vez. Parte de unas experiencias; debe planificarse ya desde ahora con una nueva voluntad política y cultural. Debemos luchar por él. Con los debates que sean necesarios, el movimiento obrero se incorporará necesariamente a esta lucha. No olvidemos que ha sido el movimiento obrero, a lo largo de su historia, el que ha conseguido que cosas que hace doscientos años eran simples utopías, sean hoy realidades, pero realidades que están seriamente amenazadas. En este sentido el movimiento obrero tiene un compromiso muy serio, si quiere ser fiel a su historia: depositario de una tradición impresionante de lucha protagonizada por quienes han sido los auténticos sujetos del cambio y de la misma historia, no puede cerrar los ojos a las nuevas capas marginadas, a quienes se les ha negado, incluso, la voz y la capacidad de organizarse. Por eso es importante la apertura del movimiento sindical y de los partidos políticos a los movimientos sociales, con frecuencia más cercanos y más sensibles a las nuevas realidades.

Sería preocupante y trágico que careciésemos de modelos alternativos en clave de utopía, y que fuéramos incapaces de apostar por algo distinto, aunque no nos conste cuándo podrá ser una realidad. Por contra, incorporar en nuestras vidas los objetivos de este proyecto, en parte o en su totalidad, da sentido a las luchas de cada día, al «mientras tanto». «De hecho, la imagen que un grupo humano se hace del futuro modela todos los aspectos de la vida personal y social. Esta

imagen configura su práctica social, guía y sustenta su esfuerzo personal y político, su opinión pública, influye en la orientación que toman sus relaciones científicas, define los modos de organización y de gestión, inspira la relectura de la historia, influye en el modo de hacer arte y en la forma que adoptan las creencias religiosas» (16).

Todas estas razones y muchas más son las que nos empujan a apostar por un proyecto de sociedad en clave de utopía, proyecto del que queda mucho por imaginar y por experimentar. Proyecto que, en su totalidad por lo menos, es inviable en el contexto del actual sistema. Pero esto no puede ser una excusa para renunciar a él. Más aún, este proyecto técnicamente puede empezar ya a ser planificado y ser llevado a la práctica, por lo menos en parte, como está demostrado.

Sea lo que sea, nadie nos puede impedir a nosotros, y a tantos otros, vivir, ya ahora, nuevos espacios de libertad y de creatividad, aunque sea al margen y en contra del sistema, como islas, en las que anticipemos aquello por lo que estamos apostando. Islas que, cada vez, serán más grandes.

## NOTAS

(\*) El texto de este Cuaderno tiene su origen en la Ponencia presentada por el autor en el VIII Congreso de Teología, Madrid, Setiembre, 1988. La redacción no es la misma en todos sus capítulos. Algunos de ellos han sido ampliados. Las ponencias del Congreso las publica MISION ABIERTA

(1) RIBA i ROMEVA, Carles, Nuevas Tecnologías, Sociedad Capitalista y Paro, Universidad Politécnica de Barcelona, 1984, pg.4

(2) RIBA i ROMEVA, Carles, obra citada, pg.4

(3) Véase El nuevo liberalismo, en «Nuestros Temas» (El País, 19.5.88): CLERC, Denis, La tiranía del mercado; JULIEN, Claude, La moral del interés. LEPAGE, Henri, Mañana el capitalismo, Alianza, 1984. FRIEDMAN, Milton, Libertad de elegir, Grijalbo, 1980, HINKELAMMEERT, F., Del Mercado Total al Imperio Totalitario, DEI, Costa Rica, 1987.

(4) SAÑA, H., Neoconservadurismo y darwinismo social, en «El Independiente», 17 de junio, 1988.

(5) JAY, P. y STEWART, M., Apocalipsis 2000: ¿Decadencia económica y suicidio de la democracia? 1989-2000, Edaf, 1988.

(6) Véase GARCIA-NIETO, J.N., Los desafíos de una Sociedad Injusta, XVI Semana de Estudios Vicencianos, Salamanca, 1988 y Pobreza y Exclusión Social, CCJ, 1987.

(7) «El Periódico de Barcelona», 5 de junio, 1988.

(8) Véase «El País», 27 de marzo, 1988.

(9) Véase GARCIA-NIETO, J.N., Pobreza y Exclusión Social, CCJ, 1987.

(10) ibidem, pg. 2122.

(11) En «El Independiente», 19 de agosto, 1988.

(12) Véase SCHAFF, A., Qué futuro nos aguarda, Grijalbo, 1985. ROBERSTON, J., Future Work, Gower, 1985. GORZ, A., Los Caminos del Paraíso, Laia, 1986. GARCIA-NIETO, J.N., La crisis actual: análisis desde una perspectiva de futuro, Fundación Santa María, 1988.

(13) Declaraciones recogidas en «El Independiente», 24 de junio, 1988.

(14) Véase GARCIA-NIETO, J.N., El Trabajo repartido como alternativa, en «Acontecimiento», nº7, enero, 1987. TAHAR, G., La reduction de la durée du travail, La Decouverte, Paris, 1985.

(15) LOZANO, J.M. y CORBI, M., Nuevas Tecnologías, mutación silenciosa e irreversible, en «La Vanguardia», 7 de julio, 1988.

(16) Ibidem

---

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona  
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94;  
correu-e: [espinal@redestb.es](mailto:espinal@redestb.es); <http://www.fespinal.com>  
marzo 1989